

Fastieruul Marsuren



Vera y la costurera de nubes

● Desde 6 años ⌚ 9 minutos en voz alta



Un cuento de Luna Lunera

El cofre de retales



En una aldea de las tierras altas de Castilla vivía Vera con sus padres y un rebaño de ovejas. Lo que más quería no era el molino, ni los campos, ni siquiera las ovejas: era un pequeño cofre de nogal que había sido de su abuela.

Dentro guardaba retales de seda, lana y algodón, todos con memoria. Un trocito venía del vestido de domingo de la abuela; otro, del mantel de Navidad; otro, de una bolsa donde guardaba lavanda. Vera los tocaba con cuidado y no dejaba que nadie los usara. A veces cosía con ellos una estrella, un pajarito o un corazón, pero casi siempre los guardaba, como si así pudiera conservar a su abuela cerca.

Por las noches rozaba el dedal de cobre que llevaba al cuello y recordaba la voz que le decía junto al fuego:

—Despacio, Vera. La aguja no corre. La aguja escucha.

La costurera del cielo



Aquel otoño las nubes desaparecieron. Pasó un día, luego otro, y después una semana entera sin una sombra sobre los campos. El trigo se inclinó, los charcos se secaron y el abrevadero bajó tanto que hasta Brisa, la ovejita más pequeña, tenía que estirar el cuello para beber.

Una tarde, siguiendo a Brisa, Vera llegó al molino viejo. La puerta estaba entreabierta. Subió la escalera de caracol y encontró, en lo alto, una habitación redonda llena de bobinas transparentes, madejas pálidas y agujas largas como rayos de luna.

Allí trabajaba una anciana menuda con delantal lavanda. Ante ella había un telar enorme, pero vacío.

—Has tardado un poco —dijo la mujer, alzando la vista.

Vera se quedó quieta.

—Yo solo venía a por mi oveja.

La anciana sonrió.

—Soy Doña Nieves, la costurera de nubes.

Vera frunció el ceño, pero la mujer señaló la ventana. Desde allí se veía la aldea entera bajo un cielo limpio y cruel.

—Sin tela buena no puedo coser nubes —explicó—. Y sin nubes no habrá lluvia para vuestro pueblo.

Vera miró el telar vacío y, por primera vez, el cielo le pareció demasiado grande.

El dilema de Vera



Esa noche abrió su cofre y extendió los retales a su alrededor. El azul claro del delantal de verano de la abuela. El cuadro rojo del mantel donde amasaban rosquillas. La lana gris que olía a humo y romero.

“Solo telas tejidas con cariño”, había dicho Doña Nieves.

Vera comprendió enseguida que aquellos retales servirían. Y por eso mismo le dolió pensarlo.

—Si los doy, ya no los tendré —susurró.

A la mañana siguiente, Roque la encontró junto al corral con el cofre apretado contra el pecho. La llevó hasta la linde del campo. Las espigas estaban pálidas y quebradizas. Brisa mordisqueó un matojo seco y lo soltó enseguida.

—Si no llueve pronto, perderemos la cosecha —dijo Roque.

Vera bajó la mirada.

—En el molino hay una mujer que cose nubes. Necesita telas.

Roque miró el cofre y tardó un momento en responder.

—Tu abuela siempre compartía lo bueno —dijo al fin—. ¿No te acuerdas?

Vera sí se acordaba: del último bollo partido por la mitad, de las manos que nunca guardaban solo para sí. Entonces entendió que podía conservar su tesoro y perder, aun así, todo lo demás: la hierba, la sombra, el pan, la alegría de la aldea. Y un tesoro así se volvió triste entre sus manos.

Puntada a puntada



Aquella tarde subió al molino con el cofre entre los brazos. Lo dejó ante Doña Nieves y levantó la tapa con dedos temblorosos.

—Son de mi abuela —dijo en voz baja—. Los guardaba para no perderla.

Doña Nieves la miró con ternura.

—Lo que se entrega con amor no se pierde.

Vera tomó el primer retal y lo ofreció.

—Empecemos.

Doña Nieves la puso ante el telar.

—Puntada a puntada. Como te enseñaron.

Y cosieron. Cada trocito llevaba un recuerdo, y cada recuerdo parecía quedarse prendido en la trama. Cuando Vera reconocía una tela, la nombraba en voz baja.

—Este era el mantel de Navidad.

—Entonces que la nube guarde las risas —respondía Doña Nieves.

—Este era su vestido de domingo.

—Entonces sabrá andar despacio.

—Y este olía a lavanda.

—Toda nube buena debe oler a algo hermoso.

Al rato llegó Roque con un fardo de trapos viejos.

—Mi madre dice que quizá sirvan para el cielo.

Tras él subieron otros niños y niñas con sábanas gastadas, bufandas agujereadas, delantales remendados y paños de cocina. La panadera mandó uno cubierto de harina; el molinero, una tira de lona; hasta algunos mayores enviaron retales guardados en arcones.

—¿Podemos ayudar? —preguntaron.

Doña Nieves se ajustó las gafas y sonrió.

—El cielo es demasiado grande para coserlo sola.



El molino se llenó de manos pequeñas, agujas, tijeras y voces. Brisa dormía en un rincón sobre un montón de lana blanca, como si vigilara el trabajo. Poco a poco, la nube dejó de parecer un remiendo raro y empezó a volverse esponjosa, ligera, casi viva.

Cuando dieron la última puntada, en el telar temblaba una nube verdadera.

Lluvia de recuerdos



Doña Nieves y Vera llevaron la nube hasta la ventana más alta del molino.

—¿Lista? —preguntó la anciana.

Abajo esperaba toda la aldea. Vera respiró hondo.

—Lista.

Entre las dos empujaron la nube hacia el aire. Al principio cayó un poco, torpe como una sábana. Luego el viento la sostuvo y la elevó sobre el molino. Mientras subía, los colores se mezclaron: los rosas, los azules, los dorados y los verdes se fueron volviendo blanco, después gris suave, hasta parecer una nube de las de siempre.

Y tras ella llegaron otras: una hecha con el mantel de la panadera, otra con la bufanda del abuelo de Roque, otra con lana del rebaño, otra con viejas sábanas compartidas por la aldea.

En poco tiempo el cielo dejó de estar desnudo.

Cayó una gota sobre la nariz de Vera.

Luego otra.

Y otra.

Pronto empezó una lluvia fina, tibia, que olía a pan, a lavanda, a chimenea, a hierba nueva. Los niños salieron corriendo a la plaza. Roque giraba con los brazos abiertos. Brisa saltaba entre los charcos con su cascabel sonando. Los mayores reían en silencio, con los ojos húmedos.

Vera tendió las manos bajo la lluvia y comprendió algo sencillo y grande: su abuela nunca había vivido dentro del

cofre. Vivía en su manera de coser, en la paciencia de sus dedos, en la memoria de su voz y en el gesto de compartir lo más querido para cuidar a los demás.

Doña Nieves dejó en su palma una aguja fina que brillaba como plata.

—Guárdala —dijo—. Quien sabe dar siempre encuentra con qué coser.

Vera cerró la mano y sonrió. Ya no sentía que hubiera perdido su tesoro. Ahora estaba en la lluvia, en la sombra nueva sobre los campos, en la hierba que volvería a crecer y en el pan que un día regresaría a la mesa.

Bajo el cielo recién remendado, la aldea entera respiró por fin.



*Lo que compartís con generosidad
no se pierde: crece, florece y
abriga muchos corazones.*



Fin

Dulces sueños.



Más cuentos para leer en voz alta en

lunalunera.org



Este cuento en la web